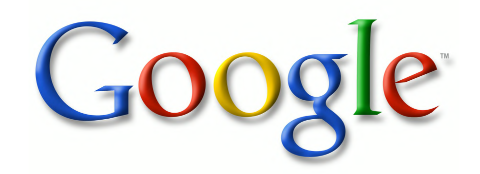
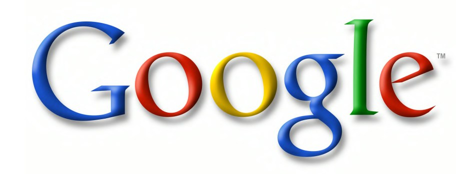

Google

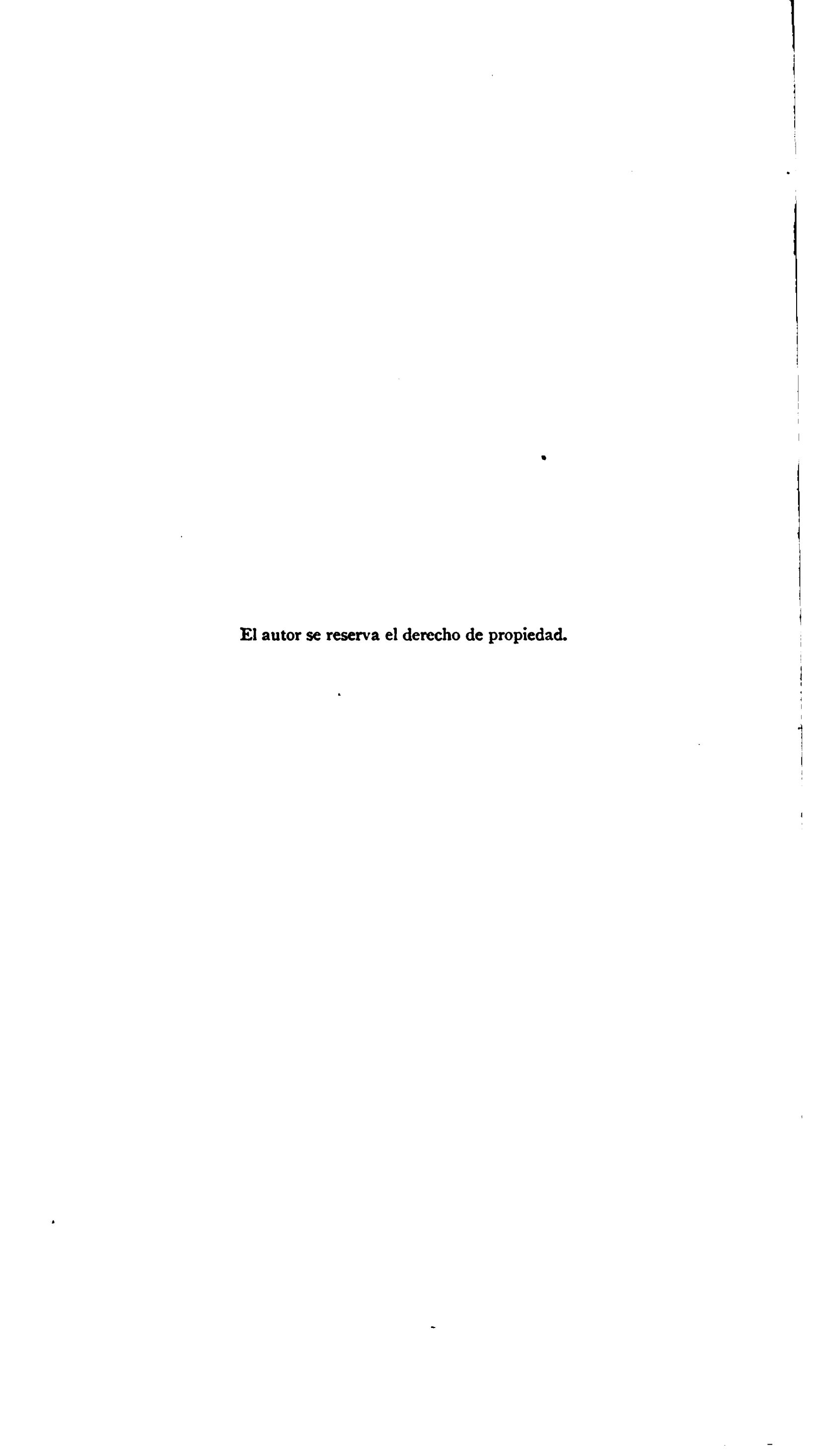



D37na


[redacted]
2
2
G868.73 D37NA LAC
G 868.73
D 37na
LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY OF TEXAS
THE GENARO GARCÍA
COLLECTION



NATURA

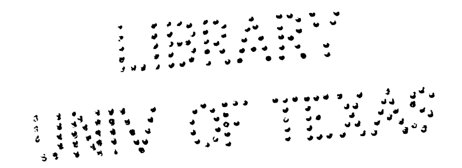


JUAN B. DELGADO

NATURA

1895-1897

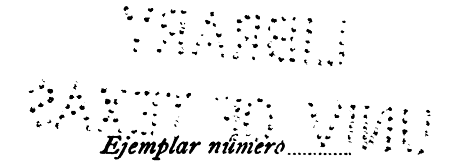




MEXICO
TIP. Y LIT. *LA EUROPEA*, DE J. AGUILAR VERA Y Cª (S. EN C.)
Calle de Santa Isabel núm. 9.
1898

100 EJEMPLARES NUMERADOS:

25 en papel Whatman.
25 ,, ,, Japón.
50 ,, ,, Laid Antique.



Ejemplar número..............

Al notable pedagogo Dr. Luis E. Ruiz como testimonio de simpatía i su profundo saber.

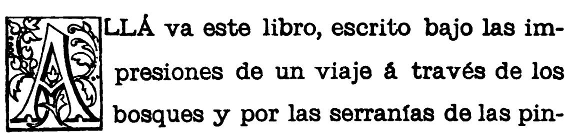
J. B. Delgado.

AL DISTINGUIDO NATURALISTA

DR. FERNANDO ALTAMIRANO.

Méx. Octubre 3/90





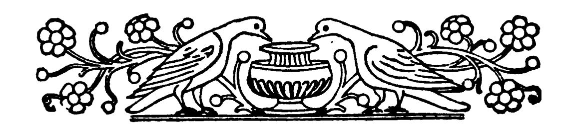
ALLÁ va este libro, escrito bajo las impresiones de un viaje á través de los bosques y por las serranías de las pintorescas y fecundas regiones del Estado de Guerrero; de esa comarca que inspiró al inolvidable Altamirano sus joyantes estrofas al Atoyac; allá va sin prólogo—sin lazarillo ni bordón—como ciego claudicante, á llamar á los corazones sanos de mis amigos, quienes le recibirán con los brazos abiertos, como á un buen camarada.

No me impulsan á publicarle ideas de lucros y de medro. ¿Quién no sabe que en este país, hasta las mejores obras literarias—y la mía no es de éstas—palidecen y se apergaminan en los escaparates, á manera de momias exhibidas en urna de cristal? Me guía nobilísimo deseo: despertar en los jóvenes amantes de las Bellas

Letras, amor á las cosas de esta tierra: á su flora, á su fauna, á su espléndida naturaleza.

Y allá va, no como "El Himno de los Bosques" de Othón—triunfal canto rústico—sino como estridente clarinada que convoca paladines á combatir noblemente en pro del arte nacional.

JUAN B. DELGADO.



Beatus ille qui procul negotiis.
Epodon, ode II.

I

AL fin llegué á la sierra! ¡Dios lo quiso!
Mi delirio mayor, mi más risueña
esperanza, cumplir era preciso.
Ya estoy en el umbral del paraíso,
donde perpetuamente el hombre sueña.
Hoy alcanzo mis dulces y sencillas
aspiraciones; ávido contemplo
de la Creación las grandes maravillas,
y con inmensa fe, como en un templo,
al Sér Supremo adoro de rodillas.
¡Lejos de la ciudad..... ! ¡Oh, quién pudiera
trocar aquella dicha pasajera,
que avara roba al corazón la calma,
por la casta alegría duradera
que encuentra aquí con entusiasmo el alma!
Allá eterno bregar, eterna lidia
con el rastrero monstruo de la envidia;
allá siempre el engaño, la miseria

que ostenta lujo, el mundanal bullicio;
allá, siempre, rodando la materia
á la sima miasmática del vicio....
Aquí sana lealtad, paz y ventura,
la humilde sencillez del pueblo bajo
que come en su cabaña con holgura
el pan de la honradez que da el trabajo.
¡Tierra de promisión, edén bendito,
bajo el azul de tu anchuroso cielo
el numen del poeta tiende el vuelo
—mariposa de luz—al infinito.
Salud, bosque feraz; salud, oh flores,
fieras, insectos, aves y reptiles,
mansos ríos, torrentes bramadores,
montañas y cavernas y pensiles.....
Pues os miro ante mí, tras los diversos
reveses que sufriera en el camino,
deponga mi bordón de peregrino,
y al ritmo del laúd vuelen mis versos!

II

LA noche se alejó. Ya en el Oriente
nace un rayo de luz que lentamente
tiñe el zafir con claridad muy vaga;
ya el lucero del alba opalescente
entre cendales de crespón se apaga.

Al soplo de las auras matinales
ondulan los cafetos, ostentando
el rojo fruto en sartas de corales,
y se cimbra la palma, derramando
con su abanico efluvios tropicales.
El rocío—las lágrimas que llora
el Genio de la Noche—á los clarores
aurorales, del cáliz de las flores
mezclado con perfumes se evapora.
Va despertando por doquier la vida:
en el redil el becerrillo brama
con quejumbrosa voz estremecida,
y en sus filiales prolongadas quejas
busca á la madre y con afán la llama;
balan en el aprisco las ovejas,
y—heraldo de la luz, ujier que cuida
el corral, pasar viendo hora tras hora—
marcial el gallo, con ardor desata
su voz por el espacio vibradora,
y alegre anuncia en su clarín de plata
que llegó al mundo la princesa Aurora.
Subo al monte: en el cielo se confunden
de la gama del iris los colores,
y en un mar lapislázuli se funden,
al asomar el rubio y luminoso
Astro-rey, diademado de fulgores.
Del río borbollante y sonoroso

se alza un vaho, la pálida neblina
que vaporosa por el aire asciende
y en girones de grácil muselina
en los picachos rásgase y se prende.
Miro las rocas del altivo cerro
de florecillas múltiples manchadas,
y por las costras de cinabrio y hierro,
de rojizo y de verde salpicadas.
Ya va á rasgarse el Orto: se estremece,
preséntase más bella la mañana,
y á medida que el Sol surge y decrece
en las grutas el pórfido parece
rico filón de nívea porcelana.
Desciendo á una floresta encantadora,
y ¡oh prodigio! con pompa soberana
se desarrolla exúbera la flora
de la naturaleza americana.
Enrédase en los troncos de abedules
como serpiente la opulenta liana;
hay hiedras y campánulas azules,
azucenas, tan blancas como el cuarzo,
que bordan y embalsaman la pradera,
y otras flores magníficas que en Marzo
desparrama la diosa Primavera.
La mariposa cruza con donaire
—flor polícroma, alada y vanidosa—,
tejiendo serpentinas en el aire

y jugando feliz de rosa en rosa.
¿Mas qué pasa? Chorrea viva lumbre
por los cantiles de la esbelta cumbre.....
¡Ah! Ya se muestra, al fin, grande, imponente,
como disco de aurífera custodia,
el Sol en el santuario del Oriente.
Y todo canta mística salmodia:
gárrula rueda el agua de la fuente,
gorgoritea el manantial parlero,
y borbotando limpio en el venero,
sacudiendo su crin de roca en roca,
el espumoso y mugidor torrente
como tritón cegado se desboca.
Lanza á los vientos el turpial canoro
un salpique de notas tremulantes,
y trina dulce la calandria de oro
y pía á veces, imitando lloro,
el cardenal de plumas llameantes.
Zurea la paloma; la sencilla
parda torcaz, arrulla placentera;
la medrosa elegiaca tortolilla
querellándose gime lastimera,
y el *clarín de la selva* alegre canta
una égloga de Pan en el doliente
caramillo que encierra en su garganta.
Y de ese mar de arpegios, derrepente,
como un himno triunfal que sube al cielo,

emerge el canto erótico que ufano
y alado trovador alza en su vuelo.
Es el rey que domina soberano
de Anáhuac en los bosques seculares,
el bardo de dulcísimos cantares,
el moreno zenzontle mexicano.

Es de día. En el bosque se levanta
rumor de incubación—vago sonido
de savia creadora, voz que canta
en la fuente, en el árbol y en el nido.—
Es el solemne instante en que palpita
el génesis; instante apetecido
en que el trabajo empieza, hora bendita.
El leñador, con vigoroso brazo,
derriba el árbol agrietado y seco,
y el ruido que produce el brusco hachazo
va propagando sin cesar el eco.
Llega en alas del viento, que se baña
en el olor que esparce la campaña,
el crujir del trapiche que rechina
al aprensar la caña sacarina.
Los barreteros clavan en la veta
de esmaltado granito, la piqueta
que arranca á veces con su choque lumbre,
y á los asnos de grave mansedumbre
cargan las piedras de abrumante peso.

Asciende en caprichoso remolino,
como vellón azul, el humo espeso
de las hornadas de carbón de encino.
El calor va aumentando; la calina
sus chales tiende de flotante gasa,
cacarea alarmada la gallina,
y el ronco cuervo, crascitando, pasa.
Se cierne el gavilán con tardo vuelo,
súbito baja como rauda flecha
y se lleva en las garras el polluelo
á quien ha tiempo sanguinario acecha.

Salgo de la intrincada serranía,
el hambre me devora las entrañas,
y me lleno de insólita alegría
al divisar, no lejos, las cabañas
humeando en la rústica alquería.
Una muchacha púber cuanto hermosa,
—"*Flérida para mí dulce y sabrosa*"—
me sale alegre á recibir de prisa.....
me seduce su voz armonïosa,
me enamora su cándida sonrisa.
Penetro en su casita, y á su lado
saboreo, entre chanzas y entre bromas,
un almuerzo frugal y regalado:
un cabrito muy tierno y dos palomas.

III

LA siesta de los trópicos. Natura
como virgen sensual los ojos cierra
á los rayos del astro que fulgura,
y que á plomo descienden de la altura
á clavarse cual dardos en la tierra.
Natura es una virgen entregada
con molicie al deleite y al reposo,
que se sueña en los brazos del hermoso
Febo, que la encendió con su mirada.....
De aquel que ansioso en el zenit se empina
descorriendo de nubes la cortina
por mirarle las formas arrogantes,
y le manda sus besos fecundantes
y con un nimbo de oro la ilumina.

Llueve fuego; el ambiente saturado
de olores resinosos, la faz quema.
Todo en este momento está entregado
á quietud melancólica y suprema.
Cabe el arroyo diáfano y tranquilo,
bajo el toldo de ceibas y de sauces,
descansa el escamoso cocodrilo
mostrando abiertas las armadas fauces;
y entre el lodo, entre el fango, entre las quiebras

de los resecos y mermados cauces,
anudadas dormitan las culebras.
Esparcidas están en los gramales,
absorbiendo los rayos estivales
y esquivando el frescor de las fontanas
que salpican diamantes en las hojas,
las de ojos papujados—las iguanas—
colgando en su sopor las lenguas rojas.
Igneas entonaciones purpurinas
chispean en el cielo despejado,
y desparcido yace en las colinas,
rumiando ahito, entre las rocas áridas
que grata sombra prestan, el ganado.
Préndense en el chayote las cantáridas,
los mayatones, con solemne pompa,
el verde-bronce de sus alas lucen,
el mosquito zumbón tañe su trompa
y las tercas cigarras chirrïando
su sonido metálico producen....
Y se arrastra la víbora, agitando
sus cascabeles con extraño ruido,
del macho las caricias esquivando
á refugiarse al subterráneo nido,
mientras aquel tras ella va vibrando
la rojiza lengüeta bifurcada,
y los colmillos al silbar mostrando
como mueca de horrible carcajada.

Con el vapor que en el espacio brilla
cruje el reseco tronco y se revienta,
brinca en la barda la ligera ardilla
y sobre lecho de menuda arcilla
grisáceo lagartijo se calienta.
Pávido por la rampa huye el conejo
que del temible cazador se escuda,
y al sol se ven el alacrán bermejo
y la negra tarántula peluda.

Baja del monte, con andar tardío,
la rolliza torada jadeante,
buscando el agua del undoso río;
y despues de gustar la refrescante
clara linfa, levanta la cabeza
para mugir con libertad y brío....
Y cada noble bruto se espereza:
uno, frota su piel en la corteza
del árbol ó en los picos de la roca;
otro, buscando á la gentil novilla
sus fuertes cuernos con los de ella choca....
Es el mes más alegre de los meses,
es el mes del placer: aman las reses....
algo en sus glaucos ojos treme y brilla:
el bravo toro á la consorte expresa

en sus salvajes expansiones francas,
su instinto pasional, cuando la besa
lamiendo alegre sus lustrosas ancas.

Y sigue el sol inmenso é inflamado
lanzando en erupción sus centelleos,
como un ojo sanguíneo y dilatado
que tiembla con fugaces parpadeos.
De tronco á tronco, laboriosa araña
sus leves hilos de babaza enreda,
y, cual coqueta al rondador, con maña
prende al insecto en la tremante seda.
En el cáliz de agrestes amapolas,
su ansia de néctar la colmena apaña,
y la *gallina de agua* flota leda
—esquife de marfil—sobre las olas.
El lago duerme transparente y manso;
nada turba su plácido reposo,
apenas si se mueve algún remanso
cuando la verde rana chapotea,
ó bien, cuando el *tutuvitzí* nervioso
con ansiedad las ondas picotea.
Como ánfora corinthia, la ninfea
descuella virginal entre mil flores;
y por cima del limpio cristal pasa
un enjambre de insectos bullidores

batiendo el ala trémula de gasa.
¡Qué blancas que se ven las mariposas
del quieto lago en la extensión serena!
Tal parece que manos misteriosas
riegan pétalos níveos de azucena.

Y en las márgenes címbrase el papayo,
írguese el elegante cocotero,
se inclinan los bejucos con desmayo,
y charla negligente el guacamayo
oculto entre las ramas del *manguero*.
En lo apartado de la sierra obscura,
con el tesón de infatigable obrero,
el nido labra en la corteza dura
con su acerado pico, el *carpintero*.

Ya de tanto vagar estoy cansado;
y, sudoroso y débil peregrino,
depongo con pereza mi cayado,
y quedo sobre el césped recostado
para seguir más tarde mi camino.

IV

EL Sol va desmayando, y á medida
que desciende, se escucha por do quiera

nuevamente la estrofa de la vida:
revuela el chupamirto en la pradera,
se alejan del riachuelo las garzotas,
y tornan de lejana sementera,
con los buches repletos, las *huilotas*.
Dulces jilgueros, mirlos charlatanes,
preludian melancólica balada;
las alondras asperjan su cascada
de ritmos, y crotoran los faisanes.
Como un ágil gimnasta va ligero
de rama en rama, el pájaro mulato,
remedando el chiflido del arriero
que á los corrales encamina el hato.
Desentume su ala el cefirillo,
su hálito entibia la caliente zona,
se oye á lo lejos el chirriar del grillo
y el gemir de *conguita* cimarrona....
Va á tramontar el sol; ocres guiñapos
de celajes, avanzan á Occidente,
y del aguaje elévase estridente
el *miserere* ronco de los sapos.

Tengo por pedestal maravilloso
la cúspide del cerro. ¡Cuán hermoso
se despliega el paisaje ante mi vista
—fuente eternal de inspiración secreta—

y el alma se conmueve y se contrista
no pudiendo alabar al Gran Artista
con la sublime lira del poeta!
Ya bajan los corderos los barrancos
á grandes brincos; balan, travesean,
y del abrupto monte por los flancos
como reguero de granizo albean.
Y, seguido de un perro melenudo,
vigilante pastor de aspecto rudo
marcha silbando en pos de su ganado,
mientras las tardas, perezosas yuntas,
mugiendo hacia el corral avanzan juntas
llevando de revés el corvo arado.
Su haz de leña á la espalda y corcovado
el *hachero* desciende la montaña,
y lento y sudoroso y fatigado,
anhela descansar en su cabaña.
Y Vésper guiña su ojo soñoliento
allá en la arrebolada lejanía,
se destiñe el cerúleo firmamento
y llora la tipluda *chirimía.*
Cae el sol, tras la cumbre levantada,
como rodela fulgurante y roja
que, en la arena del Circo purpurada,
un invisible gladiador arroja....
El día está expirando; la tiniebla
desenvuelve su clámide enlutada,

y de endriagos la atmósfera se puebla
y bosteza distante la hondonada....
¡Ah! su bostezo lánguido y profundo,
anuncia el sueño que desciende al mundo.
Augusto es el momento... el cuadro asombra...
la luz vacila.... trémula se apaga....
se sumerge en un piélago de sombra....
¡es una Ofelia rubia que naufraga!
Y bajo ya del cerro.
                                        El casto broche
va cerrando la flor tímidamente,
y—viajadora del desierto ardiente—
su tienda va á plantar la negra noche.

V

LA virgen cafre se vistió de duelo,
ve de su amante los lumíneos rastros,
y al sacudir los pliegues de su velo
salpica el ónix del combado cielo
con el brillante polvo de los astros.
Es de noche; se escucha los ladridos
que al aire lanzan los mastines graves,
y con fúnebres gritos van las aves
nictálopes, saliendo de los nidos.
Cesó el trabajo, la tenaz fatiga
por la existencia; en el jacal se abriga

el apacible campesino honrado,
y se entrega en los brazos de la esposa
que tierna y sonriente y cariñosa,
le enjuga el rostro de sudor bañado....
ese sudor que, en lágrimas temblantes,
gota á gota el terruño fertiliza
produciendo cosechas abundantes....
sudor que el rico exprime y cristaliza
en puñados de perlas y diamantes.
Ya circula narcótico beleño,
semeja inmenso túmulo la tierra,
y ya se siente la embriaguez del sueño,
y poco á poco el párpado se cierra.

La noche es el reposo, es el misterio;
ante ella el alma sufre y se consterna
como en obscuro y vasto cementerio,
como en inmensa y lóbrega caverna....
La noche es mar de sombras sin orillas,
y profundo y fantástico.... en él bogan
los trasgos, esas negras pesadillas
que nos hacen gritar y nos ahogan.

Me interno en la espesura: ni un rüido,
ni el más leve rumor.... es el momento
de elevar al buen Dios el pensamiento,
en un templo selvático y dormido.

La víbora no silba; la torada
sobre vastos gramales dispersada
dormita en los confines del potrero;
ya su bronco mugir en la callada
noche, en alas del céfiro no asciende;
el leopardo feroz con altanero
y grave porte, en su cubil se tiende;
cierra los ojos y dormido finge,
posada entre las manos la cabeza,
el genio de la olímpica pereza
bajo la forma de fatal esfinge.

Pero no todo duerme: entre la obscura
sierra, vagan audaces cazadores
y del tiro estallante á los fragores
el jaguar se sorprende con pavura....
allá va.... corre herido, ya flaquea,
y al sentir que la sangre le chorrea
en su cólera ruge con bravura,
su verde ojo de sátiro chispea,
y con las convulsiones de la muerte
rueda vencido al fin, exangüe, inerte.
Es la hora propicia para el robo:
al viento la nariz, con tardo trote,
llegan al rancho el carnicero lobo
y el rapazuelo y ladrador coyote.

Subo al monte: el peligro no me arredra,
pero mis fuerzas más y más se agotan;
las águilas que duermen en los nidos
que ocultos se hallan bajo tosca piedra,
al rumor de mis pasos se alborotan,
y como torvos buitres agoreros
vuelan lanzando fúnebres graznidos.
¡Qué obscuridad! Los pálidos luceros
no envían á la tierra sus fulgores....
¡Tan débil es su tembloroso brillo!
Del espeso capuz en los negrores
ved lo que sólo irradia y fosforece:
el luminoso y breve gusanillo
que resbala en las hojas de las flores
y—lágrima de oro—se estremece;
enjambres de luciérnagas que vagan
como polvo de sol, y que intranquilas
ora encienden su luz, ora la apagan,
y dos manchas de lumbre: las pupilas
del Hércules felino: el tigre rudo
de mostachos erizos y nervudo.

Mas de pronto el espacio se ilumina:
una ola gigante y ambarina
con fulgentes destellos todo baña,

lo envuelve todo: el bosque y la colina
y el verjel y la selva y la montaña....
¿Qué ha pasado? Surgió bicorne luna
—hoz de nacar—segando una por una
las doradas espigas de la noche,
y espejea el cristal de la laguna
y canta alborozado el *cuitlacoche*.

Ya de tanto vagar estoy cansado,
y, pues quiere reposo la fatiga,
voyme camino del albergue honrado
donde me tiene la pastora amiga
un jergón para el sueño preparado.

VI

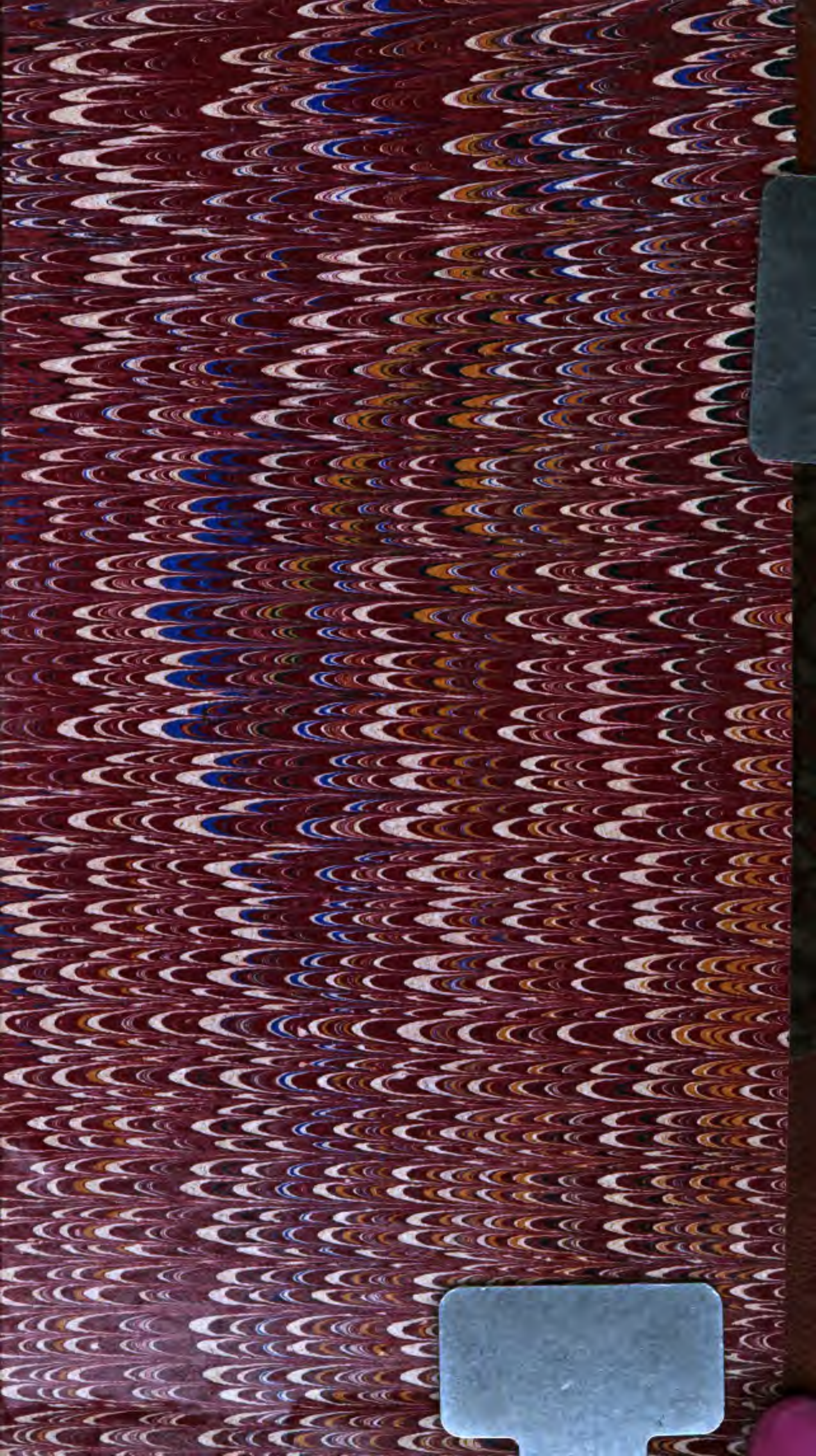
ABRO los ojos, y en Oriente—diosa
que tiritando deja la bañera
para envolverse en sábana nivosa—
sonríe la mañana ruborosa
empapada de luz la cabellera.
Y es preciso partir, adiós ¡oh flores!
fieras, insectos, aves y reptiles;
mansos ríos, torrentes bramadores,
montañas y cavernas y pensiles....
Adiós, campos en flor, donde contento,

ajeno á todo humano sufrimiento,
viví en humilde y rústico palacio,
grabando en mi brumoso pensamiento
el *Beatus ille* del divino Horacio;
en donde al lado de la bella Flora
—la Flérida gentil y seductora—
viví en alegre y amoroso idilio,
disfrutando la paz encantadora
que ha narrado en sus églogas Virgilio.
Adiós, dejo este ambiente puro y sano,
vuelvo á la corte donde el mal asedia....
¡La corte!.... inmundo estercolero humano
do germinan delitos de tragedia.
Madre Natura: adiós.... Tus ricas galas
dejo de contemplar; pájaro herido,
despliego ya las enfermizas alas....
¿Y á dónde voy?...
¡En busca de otro nido!



Este libro se acabó de im-
primir en México, en la
casa de J. Aguilar Ve-
ra y Cª. (S. en C.)
calle de Sta. Isa-
bel nº. 9, el día
11 de Julio
del año de
1898
❦






UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS
3025498755
0 5917 3025498755